

Tijuana: crimen y olvido

Aproximaciones a la necropolítica mexicana desde la novela de Luis Humberto Crosthwaite

Óscar Hernández Santiago

Posdoctorante del Instituto de Investigaciones Bibliográficas (UNAM)
Seminario Interdisciplinario de Bibliología

En los años recientes, es bien sabido que en el ámbito historiográfico el estudio del libro ha tenido un proceso de renovación sin precedentes: ya no es sólo concebido como el objeto en el que intervienen un autor y un lector en un proceso de interacción, en el cual el libro sólo cumple una función instrumental. Los estudiosos de la historia del libro (y la lectura) han descubierto que para su análisis pueden confluir disciplinas tan dispares como la lingüística, la sociología, la antropología, entre otras, cada una de ellas realizando su aportación desde su particular campo académico.¹

Sin embargo, esta interdisciplinariedad en el estudio del libro como objeto histórico trae consigo también su penitencia, pues, como afirma Robert Darnton, “la historia del libro se ha llenado de tantas disciplinas auxiliares que ya no es posible ver sus perfiles generales”.² No obs-

1 Alejandro E. Parada, “Una relectura entre la historia del libro y la historia de la lectura (reflexiones desde la bibliotecología/ciencias de la información”, *Información, cultura y sociedad*, 23 (2010), 91-115.

2 Robert Darnton, “¿Qué es la historia del libro?”, *Prismas. Revista de historia intelectual*, 12 (2008), 137.

tante esta afirmación, esta “excesiva” interdisciplina permite que el libro pueda ser estudiado desde perspectivas antes impensables. Incluso el mismo Darnton, hace algunas décadas, influido por Clifford Geertz, se valió de la antropología para demostrar como los cuentos populares del siglo XVIII francés (*La caperucita roja*, *La bella durmiente* y *Hansel y Gretel*), sin recurrir a simbolismos, “retrataban un mundo de cruda brutalidad desnuda”.³

Precisamente, es esta brutalidad sobre la que se pretende reflexionar en las siguientes líneas, aunque ya no en terrenos tan lejanos espacial ni temporalmente, sino desde la experiencia del México del siglo XXI, más en concreto desde el género de la “narco-novela”, el cual, como su nombre lo obvia, aborda el problema del narcotráfico,⁴ un tema que ya no se encasilla solamente en la cultura impresa, sino que se ha extendido además al aspecto visual en series y películas.⁵

Durante las últimas décadas, México se ha enfrascado en una cruzada de tintes medievales que pretende erradicar el negocio de la droga. En un principio, sólo país de siembra, y en regiones perfectamente delimitadas, con el correr de los años el narcotráfico adquirió un carácter nacional que involucraba por igual a políticos, cuerpos de seguridad y grupos criminales.

Es bien sabido que su origen aconteció en la década de los cuarenta, pero sería a partir de 2006, con la declaración formal de guerra por parte del Estado mexicano, que el problema se elevó de forma exponencial. Desgraciadamente, las autoridades fueron omisas en

3 Robert Darnton, *La gran matanza de gatos y otros episodios de la historia de la cultura francesa* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1984), 21.

4 Brigitte Adriaensen, *Narcoficciones en México y Colombia* (Fráncfort del Meno, Iberoamericana Vervuert, 2016).

5 Esther de Orduña Fernández, “El narcotraficante, entre la literatura, el cine y la mitología popular”, *Actio Nova: Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada*, 4 (2020), 397-426.

considerar que el cáncer de las drogas había entrado en metástasis y corroído ya una gran parte del cuerpo social: la guerra estaba así pérdida desde su inicio.⁶

A medida que este conflicto se agudizaba, todo ese conjunto de poderes fácticos, representados por heterogéneos grupos criminales (muy a menudo en claro conubernio con las mismas autoridades), instauraron en sus espacios geográficos regímenes de violencia física y moral hacia la población. Son ya famosas las masacres de Allende (Coahuila), San Fernando (Tamaulipas) e Iguala (Guerrero), en las que fue ostensible, en toda su extensión, la fuerza de esos grupos para decidir sobre la existencia de las personas, en un estado que mostraba así su fragilidad e incapacidad para garantizar la seguridad y la vida de sus ciudadanos.⁷ El Estado mexicano veía así desplazada, en términos de Max Weber, su característica distintiva: el monopolio de la violencia.

Uno de los grupos sociales que más resentiría la embestida criminal sería el de los periodistas, cuya labor cotidiana los obliga a estar en la primera línea informativa apostando literalmente sus vidas en el afán de conseguir “la nota”. En las páginas siguientes de este breve ensayo, me propongo esbozar unas aproximaciones a la neocropolítica desde la novela *Tijuana: crimen y olvido* de Luis Humberto Crosthwaite,⁸ una de las (no tan) nuevas caras

6 Alejandro Gutiérrez, “La estrategia del desastre”, *Proceso*, 1592 (2007), 12-15. En este breve artículo su autor anticipaba, de forma casi profética, la imposibilidad de que el estado mexicano pudiera vencer en una contienda que no ponía énfasis en el carácter preventivo antes que en el coercitivo.

7 Debe recalcarse que el problema ya no es sólo nacional, sino de escala binacional, incluso global, pues involucra (por lo menos en el caso de México) de manera directa a los Estados Unidos. Sobre ello véase: Ginger, Thompson, “How the U.S. Triggered a Massacre in Mexico”. *The Best American Magazine Writing 2018* (New York: Chichester, West Sussex: Columbia University Press, 2019), 187-220.

8 Luis Humberto Crosthwaite, *Tijuana: crimen y olvido* (Ciudad de México: Tusquets Editores, 2010).

de la literatura mexicana y quien ha delineado en esta obra la violencia ejercida en contra de los periodistas en su ciudad natal, Tijuana, considerada actualmente como la segunda ciudad más peligrosa a escala global.

En este sentido, la necropolítica es concebida como “la expresión última de la soberanía, es decir, el poder y la capacidad de decidir quién puede vivir y quién debe morir”.⁹ Este concepto ha tenido gran impacto desde mediados de la década antepasada, cuando fue acuñado por Achille Mbembe para explicar con él las violencias “soberanas” suscitadas en África, un continente cuyas legalidades, al igual que las latinoamericanas, aún continúan siendo endebles cuando no nulas.

Es cierto, como el mismo Mbembe ha señalado, que este concepto se engarza directamente con la experiencia poscolonial africana, sin embargo, la modernidad desbordada contemporánea ha provocado el cuestionamiento de algunos conceptos políticos clásicos, uno de ellos es precisamente el de la soberanía. Ésta, en su sentido clásico contractualista (como poder que emana del pueblo y es depositado en una asamblea), resulta imposible de ser entendida en aquellos estados fallidos que se han visto rebasados por grupos criminales, quienes han asumido *de facto* ese poder de decisión en los espacios en los que el estado no ha podido o no ha querido ingresar.¹⁰ Por consiguiente,

9 Achille Mbembe, *Necropolítica seguido de Sobre el gobierno privado indirecto* (Madrid: Melusina, 2011), 19.

10 De esta forma, “las poscolonias suelen no estar organizadas bajo una única soberanía verticalmente integrada y sustentada por un estado centralizado. Más bien consisten en un mosaico horizontal de soberanías parciales: soberanías sobre los territorios y sus habitantes, sobre conjuntos de pueblos unidos por una fe o una cultura comunes, sobre esferas transaccionales, redes de relaciones, regímenes de propiedad y, a menudo, combinaciones de estos elementos; soberanías de mayor o menor grado por la violencia, siempre incompleta”? Jean Comaroff y John L. Comaroff, *Violencia y ley en la poscolonía: una reflexión sobre las complicidades Norte-Sur* (Barcelona: Katz Editores, 2009), 54.

han sido creadas “máquinas de guerra”, las cuales son un conjunto de hombres armados que se fusionan, transforman o extinguen según las circunstancias. En el caso mexicano, el surgimiento de estas máquinas no se entiende sin la predisposición y complicidad por parte del Estado hace algunos años al coadyuvar en su nacimiento.

De esta forma, la necropolítica implica una ingente labor de control físico en la que se trata de “inscribir sobre el terreno un nuevo conjunto de relaciones sociales y espaciales [...] La soberanía significa ocupación, y la ocupación significa relegar a los colonizados a una tercera zona, entre el estatus del sujeto y el del objeto”.¹¹

En Latinoamérica, el concepto ha tenido buena recepción para explicar el control y disciplinamiento por parte de los grupos criminales, especialmente asociados con el narcotráfico, cuyo objetivo primordial es el ejercicio del terror sobre las poblaciones, la cosificación y desechamiento de los individuos.¹² A esta región pertenecen, según datos oficiales, 39 de las 50 ciudades más violentas del mundo, y de éstas 8 mexicanas encabezan el *top ten*: Celaya, Tijuana, Juárez, Obregón, Irapuato, Ensenada y Uruapan.¹³

Dentro de este contexto de violencia, la sufrida por los periodistas es especialmente grave en México, considerada la segunda nación más arriesgada para ejercer la profesión, ubicándose en el lugar 143 de la Clasificación Mundial de la Libertad de Prensa. Además, el nivel de impunidad en la resolución de estos delitos es también una constante.¹⁴

11 Achille Mbembe, *Necropolítica*, 43. Los antecedentes de este clima de violencia es posible encontrarlos, de nueva cuenta en África (aunque el fenómeno no sea exclusivo de ese continente) a mediados de la década de los noventa y primordialmente por razones étnicas. Arjun Appadurai, *El rechazo de las minorías. Ensayo sobre la geografía de la furia* (Barcelona: Tusquets Editores, 2007), 13-28.

12 Antonio Fuentes Díaz, *Necropolítica, violencia y excepción en América Latina* (Puebla: BUAP, 2012).

13 Datos extraídos de: <http://www.seguridadjusticiaypaz.org.mx/>.

14 Datos extraídos de: <https://rsf.org/es/mexico>.

En síntesis, el periodismo en México conlleva, principalmente para quienes dirigen su mirada a la caza de temas sobre el narcotráfico, un alto riesgo de ser observado, acechado, secuestrado, torturado e incluso desaparecido, ante la mirada pasiva de unas ineficaces fiscalías que la mayoría de las veces terminan por “archivar” y olvidar así los casos. Este es precisamente el problema reflejado en la novela de Crosthwaite.

Tijuana, la híbrida y fronteriza ciudad nortea, es en donde acontece la trama.¹⁵ Desde el título mismo, el autor asocia a la ciudad con esos dos graves problemas que la laceran: el crimen y el olvido, elementos que serán su hilo conductor. Tampoco hace falta ahondar en que esa zona fronteriza de México, de la que Crosthwaite es originario, siempre ha sido considerada una zona de marcada violencia, un espacio en donde los conflictos eran y son resueltos al más puro estilo de los *westerns*: mediante la violencia.

Los protagonistas de la novela son Magda Gilbert y Juan Antonio Mendivil, periodistas que trabajan investigando cuestiones del crimen organizado; luego de un encuentro fortuito comienzan una relación amorosa, la cual se verá superada por la demencia y la obsesión por el trabajo de Juan Antonio. Poco después de este cisma, ambos desaparecen en noviembre de 2005, y todo apunta como culpable al narcotráfico.

Lo que sigue a continuación es una historia, configurada como diario, entrevista, reportaje y novela que

15 La imagen que da de su ciudad es la de estar “en constante reparación, sus calles cerradas, la maquinaria estorbando a los automóviles. Mientras que hay colonias que parecen lesiones desatendidas, a punto de infectarse, las avenidas principales gozan de una frecuente cirugía plástica”. Se trata entonces de dos ciudades en una misma, separadas tan sólo por fronteras imaginarias. Luis Humberto Crosthwaite, *Tijuana: crimen y olvido*, 100.

el propio Crosthwaite, autor-protagonista de la novela,¹⁶ deviene en investigador, pues su “intención es elemental pero de vital importancia; esclarecer un misterio”,¹⁷ el cual, de otra forma, quedaría sepultado por la ineficacia de la burocracia: “el gobierno defiende el derecho de un ciudadano a la desinformación”.¹⁸

Así es como Crosthwaite se encarga de hurgar entre los papeles personales de Magda y realizar una serie de entrevistas a personas allegadas a los dos periodistas. En este trasiego, el autor-personaje percibe que existe un hombre sospechoso de las desapariciones (tío de Fabián Flores, exnovio de Magda desaparecido también bajo extrañas circunstancias), a quien sólo conoce como el tío Efe, un policía antinarcoóticos jubilado.

A lo largo del texto surge una pregunta que es constante para Magda y Crosthwaite: “¿Cómo se sabe que un periodista ha cruzado la línea?” De la respuesta a esta

16 La narrativa propuesta por Crosthwaite es la de una metaficción, una historia que ronda los límites entre la realidad y la ficción en un universo cargado de violencia y que para el lector no resulta fácil encontrar esas fronteras de separación. Véase: Víctor Díaz Arciniega, “La ficción, una versión de la realidad. Conversación con Luis Humberto Crosthwaite”, *Fuentes Humanísticas*, 43 (2011), 171-175; Mónica Torres Torija G., “Cartografía de la violencia en el espacio metaficcional en Tijuana: crimen y olvido de Luis Humberto Crosthwaite”, *Hispanic Studies Review*, 3-2 (2018), 150-162.

17 Luis Humberto Crosthwaite, *Tijuana: crimen y olvido*, 13.

18 *Ibid.*, 91. Este deseo por parte de las autoridades de que el ciudadano desconozca los horrores de esa guerra se ven reflejados en la entrevista aleatoria que Magda realiza a los ciudadanos de a pie, quienes contestaban “que la crisis era global. Por lo menos no estamos en guerra como otros países”. Éstas respuestas, concluía Magda, crean “un falso sentimiento de seguridad que nos brinda la idea de que la peor violencia se desata en los rincones más alejados de la ciudad, en la otra Tijuana, la desposeída, la tierra de nadie”. *Ibid.*, 93,100. Esta fragmentación del espacio es uno más de los dispositivos del necropoder, es decir, no solamente hay “control, vigilancia y separación”, sino también aislamiento. Achille Mbembe, *Necropolítica*, 49.

cuestión dependerá saber si el periodista ha indagado o no de más en los expedientes, ella es la clave para entender la “división entre los periodistas que están a salvo y los que están en peligro de morir”.¹⁹

Durante su trabajo de campo, Crosthwaite describe sólo algunas inusitadas escenas de violencia recogidas en el diario de Magda, la mayoría de las veces omite mencionarlo con nombres propios (quizás para no cruzar la línea, aunque más tarde descubrirá que sí lo ha hecho), simplemente se halla ahí flotando en la atmósfera de la historia e inyectando esa hiel asesina por toda la ciudad:²⁰

Una alarmante ola de violencia sacude a Tijuana. Cunde el temor entre sus habitantes. Autoridades imiscuidas en actos delictivos. Vecinos de la colonia M se quejan de. Crimen organizado controla la economía. Candidato asegura que puede solucionar problema de inseguridad en 15 minutos. Se rompe récord este año por número de asesinatos. Continúan crímenes sin resolver. Balacera a mitad de calle deja varios heridos. Mueren inocentes en fuego cruzado [...] Mueren reos tras motín en penitenciaría. *Secuestro, tortura, pánico en la población. Encobijado, embolsado, encajuelado, decapitado, castrado, quemado vivo. Asesinan a empleada, acribillan a hombre, matan a estudiantes, ultimán a cantante, ejecutan a. Violencia, violencia, violencia, violencia, muertes, muertes, dolor, dolor, engaño, paranoia, suciedad...*

19 “Puedes mencionar un nombre y ya estar al otro lado de la línea sin saberlo. Cuando menos lo esperas se detiene un auto junto a ti, unos hombres te obligan a subir y sabes que todo esta perdido”. Luis Humberto Crosthwaite, *Tijuana: crimen y olvido*, 36.

20 *Ibid.*, 142-143. Las cursivas son mías.

Secuestro, tortura, pánico en la población” reflejan esas tecnologías del terror utilizadas por los criminales para adueñarse de las vidas de los ciudadanos, todo lo cual produce “violencia, violencia, muertes, muertes”, palabras cayendo en cascada y que evidencian el estado de excepción de Tijuana, en el que durante la noche “los policías se encierran en sus patrullas. Recorren las calles, sabiendo que participan en una guerra absurda, sin fin. El narco es quien gana la guerra”.²¹

El poder de ese narcotráfico se halla en las sombras, como una suerte de panóptico que se encarga de ejercer una vigilancia controlada, sin la necesidad de una violencia física hacia los cuerpos. Así le sucede a Magdalena, escudriñada en todo momento por ese poder omnipresente, tal y como se lo comunican constantemente por medio de la radio. Este acecho no mata, pero, como se quejaba el editorialista Samuel Ordoñez, “quien vivía bajo custodia permanente”, ellos (los criminales) “no lo habían matado pero habían arruinado su vida”.²² El mismo Crosthwaite también termina por enterarse que de ser cazador terminó convertido en presa, de investigador a investigado: “¿Nunca sintió que lo observaban? ¿Nunca se asomó por la ventana, en la oscuridad y sintió una presencia?”²³

Ante la vigilancia de ese poder que todo lo ve (“en México no pasa nada sin que yo lo sepa y estoy detrás de todo”) termina por darse cuenta que tampoco es libre, su libertad e identidad le ha sido robadas: “Antes no temía a la oscuridad, como adulto había dejado atrás esos miedos irracionales. Ahora el temor es otra secuela de haber co-

21 *Ibid.*, 42.

22 *Ibid.*, 82.

23 *Ibid.*, 280.

menzado a investigar la desaparición de dos periodistas [...] En la calle me siento perseguido".²⁴

Finalmente, en las últimas páginas del libro, ese crimen organizado se materializa y adquiere un perfil bien definido en la figura de Edén Flores, el famoso tío Efe, ese antiguo policía antinarcóticos es el rostro visible del poder soberano que puede decidir sobre la vida y el destino de los demás. Él es el asesino de los periodistas y así se lo hace saber a Crosthwaite: "Soy Edén Flores a tus órdenes, el villano de tu libro. El mago que hace que las personas aparezcan y desaparezcan, el titiritero. He hecho muchas chingaderas en mi vida y tengo mucho dinero, puedo hacer lo que me dé la gana. Vendo, compro, hago trueques, soy un comerciante de vidas; me gusta observar, mover piezas, demostrar que este mundo no tiene salvación".²⁵

En conclusión, la novela de Crosthwaite muestra, con toda nitidez, el omniabarcante poder del narcotráfico, el cual no necesita ser mencionado de manera repetida, pues se encuentra presente y observándolo todo, incluido al propio autor-personaje que es Crosthwaite.

Aunque el texto aparezca excesivamente crudo en instantes, cuando es comparado con la realidad que la-cera a innumerables periodistas y ciudadanos, el lector termina por aceptar que, más que una novela, se trata de una realidad perfectamente descrita; de una violencia normalizada, que quizás ya no es percibida por el mismo hecho de convivir con ella, y sobre la cual es difícil reconocer cuando se ha cruzado la línea para ingresar en ese mundo. De esta forma, el narcotráfico se convierte en

24 *Ibid.*, 288. Una idea reforzada por Crosthwaite en varias partes del texto: "El absurdo de la oscuridad, la oscuridad del encierro, de no saber, qué hacer, qué pensar. El absurdo de la impotencia, de la fragilidad humana. Tan fácil que es morir, dejar de existir, desaparecer. La sensación de ser marioneta, de formar parte de un juego, ser un peón, una figura menor dentro de una gran estructura. Y los dados se lanzan y determinan quién eres". *Ibid.*, 257, 273.

25 *Ibid.*, 283.

ese necropoder que puede “matar en cualquier momento, de todas las maneras [...] El terror [...] se entremezcla más bien incesantemente con un imaginario [...] de tierras salvajes y de muerte, y con ficciones que crean la ilusión de lo real”.²⁶ Tal y como queda patente en la novela de Crosthwaite: una superposición de ficción y realidad.

Fuentes de consulta

- Adriaensen, Brigitte. *Narcoficciones en México y Colombia*. Fráncfort del Meno: Iberoamericana Vervuert, 2016.
- Appadurai, Arjun. *El rechazo de las minorías. Ensayo sobre la geografía de la furia*. Barcelona: Tusquets Editores, 2007.
- Comaroff, Jean y Comaroff John L. *Violencia y ley en la poscolonía: una reflexión sobre las complicidades Norte-Sur*. Barcelona: Katz Editores, 2009.
- Crosthwaite, Luis Humberto. *Tijuana: crimen y olvido*. Ciudad de México: Tusquets Editores, 2010.
- Darnton, Robert. *La gran matanza de gatos y otros episodios de la historia de la cultura francesa*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1984.
- Darnton, Robert. “¿Qué es la historia del libro?”. *Prismas. Revista de historia intelectual*, no. 12 (2008): 135-155.
- Díaz Arciniega, Víctor. “La ficción, una versión de la realidad. Conversación con Luis Humberto Crosthwaite”. *Fuentes Humanísticas*, no. 43 (2011): 171-175.
- Fuentes Díaz, Antonio. *Necropolítica, violencia y excepción en América Latina*. Puebla: BUAP, 2012.
- Gutiérrez, Alejandro. “La estrategia del desastre”. *Proceso*, no. 1592 (2007): 12-15.
- Mbembe, Achille. *Necropolítica seguido de Sobre el gobierno privado indirecto*. Madrid: Melusina, 2011.

26 Achille Mbembe, *Necropolítica*, 41.

- Orduña Fernández, Esther de. "El narcotraficante, entre la literatura, el cine y la mitología popular". *Actio Nova: Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada*, no. 4 (2020): 397-426.
- Parada, Alejandro E. "Una relectura entre la historia del libro y la historia de la lectura (reflexiones desde la bibliotecología/ciencias de la información". *Información, cultura y sociedad*, no. 23 (2010): 91-115.
- Thompson, Giner. "How the U.S. Triggered a Massacre in Mexico". *The Best American Magazine Writing 2018*. New York Chichester, West Sussex: Columbia University Press, 2019, 187-220.
- Torres Torija G., Mónica. "Cartografía de la violencia en el espacio metaficcional en Tijuana: crimen y olvido de Luis Humberto Crosthwaite". *Hispanic Studies Review*, vol.3, no. 2 (2018): 150-162.